

## **Laham y el misterio**

No es por inadvertencia que al referirme a la obra de Ricardo Laham, tal como tuve la oportunidad de contemplarla en su última exposición de La Galería de Jacques Martínez, deseo comenzar por el aspecto colorístico de la misma. Existe al respecto de este ingrediente esencial del arte pictórico un grave malentendido.

Los no iniciados entienden por pintor colorista al que utiliza el mayor número de pigmentos posibles (rojo, azul, amarillo, naranja, violeta, etc.) como si fuese la variedad de esos registros los cristales en su condición de tal. Esta actitud peca de un cierto infantilismo en esta materia no es virtud. Es colorista no aquel que utiliza el mayor número de pigmentos posibles, sino aquel que es capaz de lograr que aquellos colores que emplea, sean muchos, pocos, o uno solo, alcance el grado de impregnación anímica que lo haga cantar con el mayor grado de vibración posible. Lo dicho implica el tremendo desafío que supone internarse en el mundo del color. Artistas hay, de sobrado talento lineal que alcanzan las más altas cumbres de ese aspecto de lo dibujístico y que sin embargo no sienten el color; pienso tal vez que entre otras cosas, ello se debe a que no se han detenido suficientemente frente al tipo de desafío que representa.

Como acontece respecto de todo aquello que interviene en la plasmación de una obra de arte, lo primero es la simbiosis del artista con el material que emplea, y esto incluye en el caso del color aquello con que se lo mezcla. No es lo mismo la pintura al agua de la acuarela, que la del fresco, como no lo es la pintura al óleo o a la témpera al huevo. Lo que se obtiene a través de cada una de esas modalidades, si en verdad responde al pleno ejercicio de la sensibilidad, será totalmente intransferible en otro medio diferente.

En el pasaje de una misma idea plástica de la témpera o de la acuarela, al óleo, existe el mismo grado de distancia que va desde un poema en un idioma que es traducido a otro idioma. Ello no obsta a que existan traducciones extraordinarias, pienso en el Rubayat de Omar Kayham en la traducción de Edward Fitzgerald. Lo que importa comprender es que el de Fitzgerald es otro poema, tan bueno o aún mejor que el de Omar, pero nunca el mismo.

Tan cierto lo que anoto que pensando concretamente en el arte de Laham viene a mi memoria una problemática muy similar que viene desarrollando el notable grabador colombiano Omar Rayo. Lo que en su obra grabada resulta dentro de su planteo insuperable, no encuentra equivalente en sus telas pintadas. Solo el tiempo podrá determinar si ello dejará de ser así.

A veces los artistas se empeñan en conquistar nuevos medios expresivos cuando alcanzan la excelencia en determinada técnica, pero no todos tienen ese don plurifacético que acompaña a los Picasso, a los Berni o a los Seoane de este mundo. Lo dicho en nada resta a quienes como Vermeer nos legan el mundo de sus pinturas o a quienes como Piranesi nos legan el genio de sus aguafuertes. Laham utiliza muy pocos pigmentos. En la muestra que me incumbe un observador ligero diría que emplea solamente el blanco y el negro o el blanco y el gris.

Sin embargo si nos detenemos como debe hacerlo el degustador frente a grandes telas, estaremos recompensados por la percepción de la enorme riqueza colorística que encierran los tonos de esos colores - límite. En ciertos casos, como ocurre con las obras de Mondrian, percibiremos que los blancos encierran además otros colores. Se trata de efectos blancos lo que han intervenido sutiles ocreos o amarillos, de grises que ocultan o disimulan caricias azuladas o de negros que han sido amasados endiabladamente la uno a saber con que extraños pigmentos.

En todos los casos son colores de una densidad que obliga a la demora, que nos sumergen en un profundo misterio, que vibran con la exacta correspondencia tonal entre unos y otros.

Dada la dimensión heroica de los trabajos, esta conquista resulta doblemente apabullante.

Ya se trate de composiciones rectilíneas que atrapan el espacio enfatizando ángulos rectos o agudos, el resultado es siempre inquietante y obliga a lecturas múltiples tras la aparente simplicidad compositiva. Bandas más anchas o más delgadas delimitan planos que entran y que salen dentro del campo visual multiplicando dimensiones que sin renegar del soporte lo transforman en algo diferente, como si el artista no quisiese pasear por un paisaje inagotable, pleno de repercusiones cósmicas. Estos planteos descargan la tensión de sus motivos centrales, de maciza presencia, por líneas que despiden aljofar allá de los límites del cuadrángulo que las alberga, obligándonos a tomar conciencia que el espacio no se agota sino que se hace objetivo a partir de esos núcleos centrales, a partir de los cuales podremos expandir nuestra propia conciencia. Mucha concentración y mucha liberación energética implican estos planteos del épico pintor.

Laham es esencialmente afirmativo, dice con voz clara y conminatoria. Sus trabajos me recuerdan aquellas líneas del Martín Fierro : **“no les pido, les mando que me escuchen”**.

Sin duda, en aquel caso hubo **"mucho que mascar para echar esa bravata"**. Es en ese sentido más que en otros que pudieran resultar más obvios, que Laham emparenta con el arte de tradición americana, y me refiero no solamente a lo criollo, sino también a lo precolombino.

Lo que en Torres García o en Pettoruti, es mucho lo que aprendió, está dado como el cimiento de esta obra. Sabemos que Laham pasó largas jornadas junto al maestro platense, el obseso de la luz y del color en función lumínica.

Todo nos indica que Laham aprendió la lección y que fiel a las enseñanzas ha sido capaz de llevar aquellos planteos a nuevas e inéditas consecuencias. La tierra americana parece haber encontrado en Laham como en el caso de Luis Barragán o de Ennio Iommi, un fiel intérprete de sus experiencias más profundas. Trátese de asumir un espacio que por su misma grandeza exige del artista algo así como la capacidad de domesticar a los vientos.

Si otros incursionan por la ruta de los símbolos para adentrarse en estos misterios al estilo de Federico Martino, lo que pone a prueba a una particular sensibilidad filosófica, en casos como el de Laham la problemática se dirige tercamente a los más desnudos planteos formales. No excluye lo dicho respecto de este artista la repercusión a la vez simbólica de su prometeica aventura.

No ha sido fácil robarle el fuego a los dioses de nuestra América. Son dioses reacios al facilismo, y si conquistar algo de su lumbre obliga al esfuerzo del artista no queda eximido del mismo empeño quien quiera participar desde el ángulo de la contemplación. Me decía nuestro escultor Hugo Rodríguez en San Pablo, volcado hacia problemáticas afines, no es fácil domeñar al espacio americano. Hasta donde esto es plásticamente posible, la obra de Laham da testimonio del aventurado proceso.

Me resulta difícil creer en la posibilidad de conquistas que no presupongan este tipo de victoria. Me siento demasiado inmerso en la problemática anotada como para pretender asignar medallas al respecto. Lo más que puedo testimoniar es que aprecio y admiro esfuerzos como el de Laham, que revelan al artista obseso y que no admite concesiones para cumplir con el aspecto más arduo de su destino.

Rafael Squirru